

al de «Páginas desconocidas de Gustavo Adolfo Bécquer» que Fernando Iglesias Figueroa publicó en Madrid. En la obra de Iglesias, el título está bien aplicado si se considera que el compilador se limitó a reproducir rimas, cuentos y artículos de Bécquer que no se habían incluido en las ediciones que de sus obras más importantes se hicieron a partir de su muerte ocurrida en 1870.—JULIO MOLINA NÚÑEZ.



UN LIBRO DE CESAR TIEMPO

César Tiempo es el seudónimo de Israel Zeitlín, joven escritor argentino de origen judío y autor de algunas buenas obras. Nos es grato en el recuerdo, uno de poemas, «*Libro para la pausa del sábado*» que obtuvo un primer premio municipal en Buenos Aires. También es autor, en compañía de Pedro Juan Vignale de una discreta «*Exposición de la actual poesía argentina*». Otros volúmenes: «*Sabatión argentino*», «*Versos de una ...*», «*El teatro soy yo*». El que provoca este comentario, titulado «*La campaña antisemita y el director de la Biblioteca Nacional*» (Hugo Wast) no obstante su valor rápido de transeúnte, posee un alcanzado interés, tanto por el razonamiento certero como por los datos e informaciones que hay en su recinto.

«*La campaña antisemita*» está dedicada especialmente a desvirtuar las afirmaciones que Hugo Wast, muy conocido y muy mediocre novelista argentino, hace en contra de los judíos en dos de sus novelas, «*El oro*» y «*El kahal*». Sin embargo, en su esencia, es una defensa apasionada del judaísmo y un ataque muy documentado y medular contra los que odian a los israelitas, odio racial particularmente, que ha venido a acrecentar con violencia extraordinaria el hitlerismo con la supuesta superioridad de la raza aria y que desde el punto de vista humano, verdade-

ramente inconcebible y revelador en los que los sustentan de una barbarie de gran tamaño. Respecto a esta cuestión racial recordemos, entre otros innumerables, lo que el sabio profesor Flaipent manifestaba últimamente en el Congreso de Antropología de Bruselas: «La seuda superioridad de los arios y la pretendida inferioridad de los semitas, que es una doctrina generadora de errores y de crímenes no puede ser invocada por las personas que poseen nociones elementales de antropología». Si por razones políticas, religiosas, sociales puede explicarse—ya que no justificarse—semejante arbitrariedad e injusticia es menos cierto que ella demuestra un desconocimiento absoluto, negación más bien, de los principios más elementales de humanidad y de lo que los judíos han representado en el desenvolvimiento de la misma. Si a los judíos nosotros no podemos aceptarle su mesianismo, su carácter de pueblo excepcional y «elegido», es verdad que reconocemos también que en América y parte alguna existe el «peligro judío» de que habla el señor Wast y que sólo su católica y afiebrada imaginación puede concebir.

Después de unas breves palabras sobre la condena de un poeta argentino, Raúl González Tuñón, por la publicación de un poema en el que viese que éste instigaba a la subversión (fué absuelto por la Cámara Federal), César Tiempo empieza refiriéndose a la situación de los judíos en la Alemania de hoy y a la terrible actitud represiva que contra ellos ha adoptado el nazismo y enumera y destaca la importancia que dentro de su historia han tenido los semitas. En este sentido, el libro de César Tiempo es documentadísimo y de verdadera utilidad, pues prueba que el elemento judío está entrañablemente mezclado a su desarrollo cultural y vemos, entonces, cuanto más injusto es el auxilio y persecución de los judíos, ya que han sido un poderoso sector de la sociedad de Alemania, contribuyendo como auténticos alemanes a su progreso intelectual, artístico, económico y no como un clan, que aspira sólo a su exclusivo mejoramiento.

«Además de Albert Einstein—dice César Tiempo—cuyo genio es universalmente admirado, puede señalarse documentadamente que todos los grandes descubrimientos e investigaciones de la ciencia alemana contemporánea se deben a judíos. Citemos ahora al azar de la memoria, a los profesores Fritz Haber, premio Nobel de Química; B. Zendek, padre de la indocrinología ginecológica moderna, descubridor junto con Ascheim del método del diagnóstico precoz del embarazo; Fischel, autoridad indiscutida en la historia del arte; Von Nerden, en seguros sociales; Richter, internista, uno de los más eminentes enterólogos del mundo; Grosmann, sabio de la tecnología». César Tiempo cita todavía un cincuentenar de nombres más, páginas 17 y 18.

En seguida, rápidamente, el escritor argentino analiza el aporte judío en Europa, afirmando su innegable importancia dentro de los más diferentes sectores de las actividades sociales, hasta que por la intransigencia religiosa muchos de ellos debieron emigrar a otras tierras más acogedoras. Recuerdo que en Norte América echaron los cimientos de Nueva York, que en Brasil construyeron los primeros puentes, que en México el judío Luis de Carvajal reconstruye las ciudades destruída por los indígenas, que el judío Diego López de Lisboa y León fué uno de los rectores de la célebre Universidad de San Marcos, que durante la Colonia contribuyeron a acrecentar el progreso de Lima, que Bolívar, vencido, se refugió en Curazao donde fué socorrido por judíos, que los semitas fueron los más decididos partidarios de la abolición de la esclavitud, que el judío Salomón Hindelfeld que alcanzó a ser juez de la Corte Suprema de California, fué uno de los primeros que levantó su voz a favor de los pobres, etc., para llegar a la República Argentina, país que también debe a los judíos parte de su progreso material.

En cuanto a las obras del señor Wast, «*El oro*» y «*El kahal*», abundan de manera tan opulenta en contradicciones, ingenuidades, etc., sobre los judíos que sería imposible reproducirlas

en un comentario como el presente. Para terminar, dejaremos a César Tiempo el resumen de algunas: «H. W. grita a cada instante su indignación contra la penetración judía, olvidándose que a fjs. 256, afirma rotundamente: Se siente la necesidad de gritar lo que se ha dejado de sentir».

Porque cuando nombra entre los alquimistas modernos a Berthelot, Ramsay, Rutherford, Crookes, Mendelejew, Lethar Mayer (252), el incauto autor cita a tantos judíos. Eso derrumba el andamiaje sobre el cual reposan sus paralogismos, ya que la fabricación artificial del oro, con su consiguiente desvalorización, va a privar al mundo de la presión de la banca judía. «El inmortal Mendelejew (dos veces judío), verdadero filósofo, a la vez que químico, lo descubrió con la luz de su genio» (pág. 256). Pero, en realidad, ¿qué hombre de ideas claras puede tomar en serio al autor de estas peregrinas afirmaciones, espigadas al azar?

Para la historia de las costumbres: «Y como la afición a las apuestas es el vicio nacional inglés (Dios les conserva el candor) en media semana se cruzaron apuestas por más millones de libras que las que se consumieron en balas durante la Guerra Mundial», (pág. 267).

Para la teología: «El día que un judío se enamore de una cristiana, se juntarán el cielo con la tierra», (pág. 193).

Para la etnografía: «El pueblo judío tiene la lengua suave, la sangre fría y la piel dura», (pág. 192).

Para la psicología: «Las mujeres judías no conocen las coles», (pág. 151).

Para la economía política: «La política de los judíos: no labrar la tierra, no criar ganados, no construir ferrocarriles», (pág. 140).

Suponemos que esta breve colección de curiosidades es suficiente.—A. TRONCOSO.

